

# LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Joaquín Parissi

## “Oda al botanero”

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*

Número 73, julio-septiembre de 2025, pp. 80-81.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana  
Dirección Editorial

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000  
Xalapa, Veracruz, México  
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820



Héctor Vicario: De la serie *Mayordomía en Xico, Ver.*

Definir el diario de Pizarnik es desplegarlo:  
 Diario de la disolución de la identidad.  
 Diario derivas. Diario disonancias. Diario  
 desdoblamientos. Diario especular. Diario  
 doloroso. Diario en movimiento. Una  
 suma de gestos. Entre ellos, ese último,  
 tan juzgado, el de quitarse la vida. Isaura  
 Contreras Ríos, sin caer en una apología  
 del suicidio, invita a los lectores a hacerse  
 preguntas antes de tomar una postura  
 alentada por el prejuicio...

tiene. Si escapar de la hegemonía es para los poetas ir en busca de palabras, cuando a la manera de Pavese se les dice “basta” –el gesto elegido aquel 27 de agosto de 1950, el de ingerir 16 dosis de barbitúricos y quitarse los zapatos para luego tenderse sobre la cama de la habitación 346 del hotel Albergo Roma, en Turín– esa posibilidad, la de mudar de muecas, deviene para algunos cese de la escritura y algunas veces cese del cuerpo; es decir, la escritura de un silencio. Un alto a la presencia poética y vital. Desesperada o no, una decisión. Etiquetar a alguien como

“malogrado” por ello, me parece un gesto invasivo e innecesario, sobre todo cuando nuestra historia literaria nos permite preguntarnos tantas cosas sobre el sentido de nuestras sociedades y la libertad de sus individuos.

**LPyH**

\* El libro está en acceso abierto en: [libreria.uv.mx](http://libreria.uv.mx)

**Brianda Pineda Melgarejo** (Xalapa, Ver., 1991) ha publicado reseñas y artículos en *La Palabra y el Hombre*, *Periódico de Poesía y Tierra Adentro*. Becaria FLM, traductora de poesía, escritora y lectora.

## Oda al botanero

Joaquín Parissi

Los discos de vinilo, las máquinas de escribir, los botaneros y las cantinas tienen todos una cosa en común: se encuentran en peligro de extinción. Han sido reemplazados por variantes más modernas y más cercanas a la chapurreada idea de progreso que nos ha vendido la globalización. Las aplicaciones de música han destruido a los vinilos; las computadoras a las máquinas de escribir, y los antros con sus bocinas reventadas y luces de neón están a punto de tumbar a esa institución venerable que es el botanero.

¿Qué es un botanero o cantina? La respuesta es harto sencilla –y nos servirá para descartar otro tipo de establecimientos de categoría más baja y de fama aún peor–: es un bar donde, junto con la bebida (ya sea cerveza, copa o pulque), se sirven pequeñas (a veces no tan pequeñas) porciones de comida mexicana. Con esta definición nos desembarzamos de aquellos lugares donde se efectúa la polémica combinación de sexo y dinero (los burdeles, *table dance*, etc.). De todo lo anterior, se deduce que la convivencia en el botanero es pacífica y llena de camaradería: se va a beber, comer, fumar y platicar; no a sentarse a una mesera en las piernas.

La dinámica es tan placentera como sencilla: uno va con sus amigos, se sienta en una mesa y pide de tomar. Junto con las cervezas, micheladas, tequilas, ginebras, palomas, charros negros, colas de lagarto, desarmadores, curados, lagartijas, llegan los alimentos. Aquí es necesario hacer una pausa y explicar que la botana no es inalterable y cambia según la localización geográfica del establecimiento.

Si se está en la Ciudad de México, bastión cantinero por excelencia, lo más probable es que se sirvan carnitas, quesadillas de sesos, mole de olla, chicharrones, queso fundido con chorizo, barbacoa, consomé de borrego, tostadas de pata, entre otros manjares. Si nos encontramos cerca de la costa, lo natural es que nos sirvan camarones con cáscara, chilpachole de jai-ba, tostadas de minilla, tiritas de pescado frito y el vigorizante caldo de camarón. Por supuesto que se pueden encontrar botaneros que sirvan mariscos en la Ciudad de México y bares que sirvan barbacoa en la costa, pero esto depende únicamente del humor de la cocinera o de su gentilicio.

Además de la comida y los tragos, otro aspecto importante es la música, que puede provenir de una rocola, un trío o un cigueto con guitarra. Las canciones de cantina tienen un tiempo y una intención: si uno sufre de amor, puede poner “Mujeres divinas”; si se busca amenizar el ambiente, se pone una cumbia o una canción de Los Temerarios; si la vida nos pone en una situación donde convenga reflexionar sobre la finitud de la existencia, se le pide al trío que cante “A mi manera”. No está de más decir que el ambiente del botanero conjura siempre los espíritus del maestro José Alfredo Jiménez y del *Príncipe* José José; una borrachera sin, al menos, una canción de este par de reyes es una traición a la patria.

¿Qué mejor manera de llamar a la abundancia que sentándose en una mesa llena de comida y bebida? ¿No es una reminiscencia de los simposios griegos y de los orgiásticos banquetes romanos? Aquí surge otro punto importante: al bo-

**Cantinas hay muchas y yo hablaré de una, la primera a la que fui, para demostrar el influjo vivificante que tienen en el espíritu humano. No diré nombres: le dejo al lector la dicha inicua (diría Renato Leduc) de perder el tiempo buscándola (a lo mejor y descubren otras, ¿quién sabe?).**

tanero no se va solo. No tiene sentido sentarse si no se tiene una persona cuya conversación y amistad aderece nuestra comida. En el botanero se forjan amistades, se comparten secretos, se genera intimidad que, con el calor de las copas, puede ocasionar el chispazo del amor o la unión permanente de dos mentes afines.

Cantinas hay muchas y yo hablaré de una, la primera a la que fui, para demostrar el influjo vivificante que tienen en el espíritu humano. No diré nombres: le dejo al lector la dicha inicua (diría Renato Leduc) de perder el tiempo buscándola (a lo mejor y descubren otras, ¿quién sabe?). Estaba ubicada en la calle de Venustiano Carranza y tenía una temática taurina. Los tragos eran generosos —no he probado en ningún otro lugar sangría más pegadora que la que me sirvieron— y la botana siempre constaba de dos elementos sencillos pero llenadores: tacos dorados de papa y tostadas de pata. Ahí festejé un cumpleaños, ahí gasté la tarde conversando con mi mejor amigo R. P. sobre multitud de temas, ahí aprendí a usar una rocola. Las glorias de esa cantina solo fueron opacadas por el Departamento de Salubridad de la Ciudad de México, que la cerró pretextando quién sabe cuántas falsedades.

Todo lo anterior apunta a que el descenso del número de botaneros en nuestro país explica la desunión social que nos aqueja: ya nadie puede ir a este espacio donde uno se sienta a comer, beber y platicar amablemente. Ahora no queda otra opción que irse a meter a un antro espantoso cuyas bocinas nos ahogan la voz o asistir a uno de esos bares esnobs donde a una paloma le llaman “Tequila Rosé” y la botana escasea o de plano no existe.

Esta gradual desaparición de los botaneros, con sus rocolas y grupos en vivo, con sus micheladas escarchadas y calditos de camarón, constituye un problema alarmante que debemos atender como seres humanos que aspiramos a la felicidad. No permitamos que esta venerable, venerabilísima institución mexicana desaparezca en la marea de los tiempos. Terminó de escribir este ensayo con la ardua sensación de sequedad en la boca y vacío en el vientre: si alguien desea continuar con esta conversación, ya sabe dónde encontrarme. **LPyH**

**Joaquín Parissi** estudia en la Facultad de Letras Españolas de la uv. Ha publicado en *La Palabra y el Hombre*, *Criticismo* y en *Corre, lee y dile*, boletín editorial de la uv.